

# Fichas americanas

## El diario de Bertoldo Braun

Inocencio de las Carreras (H)  
Hispanamérica. Madrid, 1986.

Despliegue valeroso de sátira y buena literatura es lo que se nos proporciona en las páginas de *El diario de Bertoldo Braun*. Decir que se trata de un libro en clave humorística sería arriesgado, no porque el término humor no se pueda aplicar en este caso, sino por la vulgaridad y vacío con que este calificativo corre a menudo. En ocasiones humor es igual a falacia artística y literaria; los aspirantes a escritores se apoyan en el humor para que unas situaciones «graciosas» enmascaren la gratuidad del mensaje o la corta agilidad idiomática. La obra que nos ocupa está plagada de jocosidad pero a este elemento es oportuno hurtarle semejante bulto para ir al acecho de la excelente construcción literaria que sustenta la intención del autor.

Inocencio de las Carreras (H) no es más que el seudónimo de alguien de quien no vamos a revelar el nombre, simplemente porque no nos ha autorizado. Bastaría con leer las solapas del ejemplar para sacar una conclusión y achacar el parentesco. Lo que sí lamentamos desde estas líneas, y vaya el rapapolvo contra la animadversión que sentimos por los seudónimos, es que si existen entregas anteriores del mismo autor en cualquier género no sean moneda corriente del público español. Y lo peor: que el autor se condene desde ahora a firmar de esta guisa sucesivas producciones. Aún manteniendo el tono de calidad, el curriculum del escritor estaría incompleto al desgajarse *El diario...* del resto de la producción, lo que ocasionaría un verdadero disgusto a la hora en que el lector interesado deseara situar en ciertas coordenadas narrativas a un autor como de las Carreras (H).

*El diario de Bertoldo Braun* cuenta las peripecias de un diplomático argentino quien, no sólo denigra la imagen del servicio exterior de su país, sino que puede poner en duda la de todos estos cuerpos en el mundo entero. Y no porque se palpen excesivos puntos de corrupción en el funcionamiento de la institución diplomática, sino que saltan a la vista las debilidades humanas que hasta en el mencionado predio se suceden, emparentándole con las demás del quehacer humano, al que parecían míticamente no pertenecer. Las situaciones plasmadas en la obra son de una riqueza absoluta, pues el autor no ha escatimado medios para situar a cada episodio en el escenario justo, revistiendo a los personajes de la cuota

de legitimación necesaria, para que acción y protagonistas no resulten nunca desfasados. Agil narrador, de las Carreras (H) no perdió detalle alguno y es así como los nombres con que bautiza a los personajes son pasados por escrupulosa criba, en donde factores sociológicos, idiosincráticos y lingüísticos son tenidos en cuenta, para que la calidad no haga agua por ningún sitio. No hay «remate» humorístico propiamente dicho, pues en ninguno de los elementos se advierte tan flaca apoyatura. La obra es un todo armonioso donde incluso un poco de cinismo a modo de agujijón nos es servido, quizás con la intención de que odiemos un poco a Bertoldo Braun para que la complicidad solicitada al lector no desequilibre situaciones que en ningún caso podrían tacharse de truhanes y sí de una encantadora delincuencia. A la que todos aspiraríamos por lo menos una vez en la vida.

## Las huellas ajenas

Raúl Hamsa

Edición del autor. Córdoba (Argentina), 1986.

Raúl Hamsa, escritor argentino nacido en la provincia de Santa Fe en 1955, tiene la valentía de presentarse socialmente en el mundo literario con una colección de cuentos editada por él mismo. No le han alcanzado los resuellos para hacerlo con una novela que podría tener alguna oportunidad editorial.

Valentías al margen, los cuentos de Hamsa se mantienen firmes en la cuerda de un realismo que no pretende la explotación de un estilo, aunque sí anuncian elementos en que el autor podrá basar su narrativa en entregas posteriores. Hamsa tiene asimismo una faceta poética, inédita aún, pero que le «traiciona» al trabajar en prosa en claro beneficio del lector. Y si la poesía visita en muchas ocasiones a la temática, seres líricos como la nostalgia no están tampoco ausentes. Nostalgia que no surge al paso con ánimo vindicante, torturador, sino en calidad de masajista del recuerdo, engrasando situaciones que no alcanzan a tener un acomodo definitivo en los compartimientos de la memoria. Tal es así en el relato que abre la antología, «El frasquito de tinta china», donde un dibujante crea personajes y les reinventa hasta el punto que la presencia física de aquéllos se sucede para dar nutrido cuerpo a la historieta. Una nostalgia que no desea tomarse revanchas, pero sí pedir cuentas de un modo desgranado, apasionadamente honesto.

El libro está dividido o mejor, entrelazadas sus partes, con una frase a su vez fraccionada que encabeza los apartados en que el autor ha querido capitular la obra. «En todo amor, bajo la realidad, hay laberintos sin salida»... oración un tanto críptica si se lee de corrido, sin mascar concienzudamente y no extrayendo el jugo que puede albergar cada uno de los conceptos recreados. Amor y realidad todo ello puesto en solfa y en el lienzo a veces ambiguo y casi siempre lacerante que como un puñal nos persigue a cada esquina de la vida. El enfrentamiento crudo y helado con la diosa Verdad no solamente puede ser una eterna espada de Damocles sobre nuestras cabezas, sino la puntilla definitiva que acabe con mucha de la racionalidad que nos intoxica. Juntos, amor y realidad, pueden ser el laberinto que nos conduzca a transitar por huellas ajenas pero a las que indefectiblemente no podemos eludir, pues se nos presentan como más conminatorias que las propias.

El último relato y que es el que da nombre al libro, es la historia de un crimen cometido por un individuo cuya personalidad tiene la fuerza y la desgracia de informar y copar por completo a la de otro. El asesino mata a sus padres, obligando a un segundo a la complicidad. Este no se puede sustraer al carcer por completo de un presupuesto psicológico, vital, que le haga abominar del parricidio, abandonando al culpable e incluso denunciarle a la policía. Pero he aquí que las huellas ajenas, las que ineluctablemente nos topamos en el largo camino de la vida, no le permiten el más mínimo movimiento autónomo. No es el primer caso, y por supuesto no va a ser el último, en que huellas ajenas marquen un destino que, incluso, puedan conducir más allá de la muerte.

### Españoladas

José Ricardo Morales

Editorial Fundamentos. Madrid, 1987.

Siempre se ha dicho que la poesía es el pariente pobre de la literatura. Pues bien, a tan ingrata parentela habría que agregar el teatro no estrenado y que se publica con la esperanza de que se lea como si de una novela se tratara y que de ahí, Dios mediante, a alguien se le ocurra ponerla en escena.

Con el desgastado título de *Españoladas* José Ricardo Morales, pretende (y logra) entrar a saco en eternos tópicos de la vida española que por desgastado que esté hablar de ellos no así se ha llegado a una suficiente producción, en ningún género, para la desmitificación definitiva. España, a lo largo de toda su historia, se ha proyectado como el insaciable Saturno que devora sin masticar a lo mejor que ha parido. Parece ser una maldición eterna en la vida de este país, no logrando hallar el remedio que destierre tan ingrato mal. Apenas calmantes.

José Ricardo Morales es un español al que muy bien podría colgarse el sambenito de el último exiliado... claro que es tan larga la fila de últimos exiliados que nunca alcanzarían los cartelitos. Pero en el caso de Morales el exilio escapa a cualquier conside-

ración política, pues él puede entrar y salir de su país cuando le plazca; no sucede así con su obra. Esta continúa en el exilio y ahí estará a no ser que medie el esfuerzo oficial.

«Morales es un joven español radicado en Chile. Tiene verdadera vocación por el teatro y estoy segura de que ha de hacer en él, andando el tiempo, una gran carrera.» Lo anterior lo dijo Margarita Xirgu en 1945, cuando nuestro autor residía en la tierra de Pablo Neruda, llevado de su mano, unos años atrás. La Xirgu se entusiasma con un original de Morales y decide estrenarlo y es así como, *El embustero en su enredo*, ve la luz escénica en el teatro «Avenida» de Buenos Aires en 1945. Desde esa fecha su obra se representa en varios países de América, transcurriendo la vida del autor principalmente en Chile, donde ha sido catedrático de Teoría e Historia del Arte y de la Arquitectura en la Universidad Católica de Chile. Ha sido el primer español en ser miembro de una Academia de la Lengua en tierras americanas.

Las piezas teatrales que incluye el volumen *Españoladas*, recrean una, el inmortal mito de don Juan, y la otra, el de los toros. Don Juan está cansando de serlo y para desprenderse de tan incómoda fama visita a Tirso de Molina en su exilio de Trujillo donde le pide el favor de que le destruya. Tirso y su personaje llegan a un acuerdo por el que el tenorio, disfrazado de morisco, se vengará seduciendo a las mujeres de cristianos pudientes. «Ardor con ardor se apagó», es más que la parodia del famosísimo refrán: es la representación del amor y su vicioso uso emblemático.

«El torero por las astas», un acercamiento más, pero esta vez de un logro prodigioso, a la decidida condena de la llamada «fiesta nacional», vista como el más grande funeral de lo que se ha querido representar como épico de lo español.

### La nieve del almirante

Alvaro Mutis

Alianza Editorial. Madrid, 1986.

Alvaro Mutis utiliza la prosa para hacer una filosofía la cual, a su vez, está tejida con un fino hilo poético. Sería arriesgado decir que *La nieve del almirante* es una novela, considerando como a tal la obra que tiene más o menos la estructura entre clásica y tópica de: enunciado, nudo y desenlace. El autor no se propone este ejercicio, ni falta que le hace, ya que desde el principio convence al lector de cuáles son sus objetivos al tomar la pluma y plasmar en el papel una aguda, y hasta amarga, opinión sobre la vida y el sentido que tiene la permanencia en el mundo hasta la llegada de la muerte.

Mutis reta a la cotidianidad, por no decir a la monotonía. Y es que este último aspecto como que está hecho para seres comunes y desprovistos de un verdadero motor de vida interior como Maqrol el Gaviero, héroe de bastante de la obra mutisiana. Lo cotidiano en Mutis es ese febril diálogo entre el hombre y las manifestaciones exteriores —naturaleza y lucha para dominarla— a que lo ha condenado la

Divinidad. El Gaviero no reniega de su destino pero sí se permite el resentimiento y el pesar en la balanza hasta el mínimo desarrollo de vida. Confrontación constante, llegando a desesperar tanta objetividad por parte de una criatura más de la creación. Pueden antojársenos una referencia bíblica, ya forzando la argumentación, en el sentido de presentar al hombre como ese ser superior y no como un vegetal más, espectador impávido, a expensas de que el contorno le alimente y proteja. El hombre, en *La nieve del almirante*, es un ente reflexivo que extracta de la contemplación normas de conducta jamás pergeñadas por religiones y disciplinas parecidas.

En esta novela, Maqrol sigue su interminable viaje por la vida en busca del destino que jamás ha sabido encontrar. La epopeya puede llegar a deprimir, puesto que no se puede admitir que todo en un hombre sean fracasos y pasos torpes. Pero es que Maqrol es un enamorado de la perfección, óptimo estado para el que no halla el molde adecuado. Cualquiera esquema que encuentra empieza a diseccionarlo, hasta la más fotográfica de las analogías para terminar despreciándose a sí mismo como autor de lo que ya considera un despropósito. El Gaviero jamás abandona el puesto encomendado, es decir, la gavia, vela colocada en el mastelero mayor; el símil náutico viene a colación con lo que para el personaje es la vida y su papel ante ella. Y da la casualidad que en *La nieve del almirante*, Maqrol está embarcado en una canoa de río, de los muchos que bajan de las cordilleras colombianas a la selva; viaje que le conduce a un negocio maderero en el que está poco interesado, como desde el principio se convence. Pero el viaje en el río no tiene nada que ver con la auténtica lucha argonautica del Gaviero.

Alvaro Mutis, escritor colombiano, es una de las plumas más interesantes de la literatura hispanoamericana actual. Aunque su entrega ha sido mayoritariamente en poesía, su prosa es fresca y abundante en elementos racionalistas. Sabe contenerse ante la influencia de la lírica y es su narrativa un aliado fiel, otra voz, aunque con distinto tono de un mismo empeño. Brega que se adentra en el campo de la filosofía, ciencia que sabe revestir de aditamentos literarios, haciéndola accesible al lector común.

### Cuentos del mundo mestizo

Ramón Rubín

Fondo de Cultura Económica. México, 1985.

La voz es lo más importante en esta colección de narraciones cortas, o cuentos, de Ramón Rubín. Voz en el sentido más oral del término, pues personajes y epopeyas están trayendo a gritos el alma del mundo mestizo, tal y como reza el título de la obra.

No es que se haga afirmación étnica en cuanto a la mezcla de razas de México. Tal aspecto no viene ni siquiera aludido en ninguna de las narraciones y entenderíamos como mestizo al sincretismo que es la base cultural del México de hoy. Maravilloso crisol donde se han fundido a la perfección lo autóctono y lo español ocupando lo religioso un lugar pre-

ponderante. Pero no se crea que en estos cuentos hay apologética de algún credo; lo que ocurre es que en toda manifestación cultural mexicana, su exponente, en este caso un escritor, es fiel pintor del arraigado sentimiento beatífico de su pueblo.

Como en Juan Rulfo, en Rubín la conducción del hilo literario está ceñida a la tierra como tema fundamental en la vida del hombre; éste es a su entorno primero que a sus sentimientos, a los que guarda en segunda pero rápida instancia, para hacerlo unidad sólida que le defiende contra toda adversidad. Acaso en el país de Hispanoamérica donde más se halle el hombre en estrecha relación con el paisaje sea en México y se diría que ha brotado de él como los seres del mundo vegetal y mineral. Empieza a no ser creíble la teoría de que el ser humano no es originario de América y que vino en invasiones mongólicas por el estrecho de Bering. El mexicano ha salido de su geografía con sus dioses y misterios para ponerle nombre a las cosas.

Ramón Rubín recoge a la perfección la psicología de su pueblo y la trae a la literatura dividiéndola en cuentos paradójicos, trágicos, humorísticos y dramáticos, pero en todos ellos vierte lo esencial que en su opinión debe tener el cuento: «debe ser el relato de un episodio incidental organizado de acuerdo con una estructura de corte clásico, con su enunciado, desarrollo y desenlace. El cuento es sólo la recreación de una anécdota que contenga cierta situación paradójica». Y en efecto, los cuentos de Rubín tienen todos estos ingredientes técnicos con los que el autor nos acerca de una forma nítida a la realidad de su pueblo. Se percibe un Ramón Rubín observador, cualidad que sólo la puede tener aquel que viaja, lee y escucha, atesorando con todo ello el caudal magnífico con el que después elabora cualquier manifestación artística.

Sin alejarse del drama, la paradoja y la tragedia, los cuentos de Rubín no resisten a cierta intencionalidad humorística que creo es su objetivo final. No está empeñado en estremecer al lector cuando le anuncia una narración como trágica, ya que los tintes patéticos van siendo aderezados con episodios amables que hacen que el lector se relaje y sonría permanentemente.

A destacar, como un inmenso poema, el cuento «El tropel de la vida», cuyo único personaje es la Naturaleza y en este caso la evolución eruptiva de un volcán y de cómo se transforma la geografía a su alrededor. Cada una de las frases de la narración supera el ejercicio literario en prosa, pasando a convertirse en verso de alta construcción metafórica.

### Tejiendo agua

Leopoldo Brizuela

Emecé. Buenos Aires, 1986.

Los personajes de *Tejiendo agua* viven en una especie de submundo para lo que es la presencia novelística en sí. La trama hay que ir la desenterrando poco a poco cuidando que el excesivo detalle y acopio de elementos no distorsione la idea que en al-

gún momento pueda formarse el lector. Se advierte un pulso a todo lo largo de la obra, en la que el autor desarrolla su capacidad de narrador de fondo; pulso que libran acontecimientos y personajes y que al final queda en honrosas tablas ya que ninguno de los dos llega a superar al otro en beneficio del mensaje pretendido. Brizuela logra que las voces expuestas en su novela se sienten en una especie de diván psicoanalítico, donde el médico viene a ser el propio lector quien, a la postre, sale beneficiado de un ejercicio para el que en principio no está, lógicamente, preparado. Pero andando las páginas, conforme escenario y narración se apoderan del alma de la obra, la conexión es total y es cuando los perfiles se solidifican y dejan de ser entidades un tanto gaseosas, suspendidas, en un estadio que no por distante es inferior. Simplemente el autor ha sabido retar nuestra imaginación y, acaso con un poco de riesgo, lo ha conseguido; no obstante que de parte nuestra haya intervenido la paciencia.

*Tejiendo agua* intenta —y logra— retratar un paisaje inédito de la vida argentina. Estamos acostumbrados al despliegue urbano cuando se habla de literatura rioplatense. Hay que remontarse un poco en las décadas para viajar al interior y saborear epopeyas gauchescas, donde el mestizaje del resto de la nación argentina se desmarque por completo de la europea Buenos Aires. Leopoldo Brizuela ha acertado y con mucha originalidad a cuestas, sitúa la acción de su obra al sur del país, extensiones olvidadas en la vida nacional y ahora puestas en recuperación por la iniciativa del presidente Raúl Alfonsín de trasladar la capital a la ciudad de Viedma. Un pueblo de los mares del Sur muy parecido, a tenor de la descripción, a cualquier aldea irlandesa que le va muy bien a un personaje como Muriel Murdoch. Tanto su psicología como el ambiente que la rodea, le acompañan para que no eche de menos su procedencia y si el resto de protagonistas no aportan idénticas connotaciones idiosincráticas, tampoco escapan demasiado al tipo de seres apegados a determinada geografía donde el frío, la humedad y las nieblas moldean el carácter del hombre. La proclividad de estos seres a la reflexión y a un desenvolvimiento introvertido forma un todo orgánico con el paisaje. Armonía que se acopla al tono del discurso ya que el recreo en posibilidades lingüísticas que pergeña el autor, es el apropiado para que se conviva en un ambiente de puertas para dentro; soledad y aislamiento, las coordenadas amargas en que se mueve un coronel inválido protagonista central de la obra.

## Cuentos

Augusto Monterroso

Alianza Editorial. Madrid, 1986.

Augusto Monterroso, autor nacido en Guatemala en 1922 y exiliado en México desde 1944, maneja a la perfección lo que ya se viene manteniendo como líneas maestras del género: brevedad, incidentalidad y que la acción se desencadene prácticamente desde el inicio del tema. Hemingway hablaba de que en el cuento el escritor gana por K.O y en la novela por

puntos. Es decir, que en la narración corta, el autor tiene pocos renglones para hacer que el mensaje llegue al lector y que su trabajo no se transforme en largo y aburrido. Monterroso no logra todo lo anterior sino lo contrario al aburrimiento. Si hay una clave para designar su prosa ésa es la de la amenidad, sin que cobre caracteres cómicos en absoluto que le harían inclinarse hacia el ridículo. El humor de Monterroso es de fina talla, acaso un poco inclinado hacia el conocidísimo británico.

El panorama de personajes es variado, yendo desde los políticos hasta los clérigos, pasando por deportistas e intelectuales. A todos el autor les trata con respeto y accede a su condición con el acercamiento mesurado y correcto de quien primero ha observado detenidamente y después se ha puesto en la improbable tarea de traducirles a coordenadas literarias.

Ni que decir tiene que Monterroso es un conocedor a fondo de su oficio, no sólo por los importantes premios que tiene en su haber, sino que en una entrega de esta colección desmenuza el trabajo del escritor al situar como personaje a un eterno aspirante. «Leopoldo (sus trabajos)», es donde Augusto Monterroso se prodiga con la agilidad de un cirujano para diseccionar lo que en muchos significa la ilusión de querer escribir pero no poder hacerlo por falta de talento o disciplina. Son servidas las peripecias que anteceden al ejercicio literario, desde el punto de vista de formación del escritor, hasta las excusas que saca para aplazar su labor. Monterroso juega con el lenguaje, no en detrimento de lo que quiere demostrar, sino en una clara exhibición de dominio del arte, convenciendo que es capaz de «bucear» en las profundidades del oficio. Si alguna vez en la vida estuvo poco seguro de lo que quería hacer, a lo mejor fueron esas cavilaciones la materia primera con que está elaborado este cuento.

Los demás son fruto del rico universo narrativo de Monterroso y la capacidad para captar todo lo que ocurre a su alrededor y convertirlo en literatura. De una de sus obras dijo García Márquez que había que leerla manos arriba... hay algunas más que habría que leer desde esta postura. No se sabe cuándo y de qué forma, Monterroso nos sorprenderá, justificando al instante, que cada elemento traído a colación está en el lugar que él le ha señalado como propio. La gratuidad y la chapuza son desgracias desconocidas en su obra.

## Los ojos del diablo

Jorge Andrade

Muchnik Editores. Barcelona, 1986.

La soledad es la compañera de aquellos seres que por cualquier vicisitud se ven privados de otro aliento humano. Es cuando este ingrato elemento cobra corporeidad y se instala de manera permanente en la vida del hombre. Hay modos de combatirla y hasta se podría decir que el trazado de un sistema es ya una escuela para la plena asunción de la soledad. Pero con el tiempo la lucha se torna en placentera y cuando surge la tan esperada compañía, el solitario anhela